

Volvió á su cuarto, llamó á sus servidores, les manifestó que deseaba ir á reunirse con su padre, y aquel mismo dia partió.

Guatimotzin se hallaba pensativo por la amenaza que al despedirse la india le habia hecho, y un confuso griterío que llegó á sus oídos le sacó de aquella abstraccion.

Se asomó á una de las ventanas de su palacio, y vió al pueblo que en aptitud amenazadora se dirigia á su morada.

—Que Guatimotzin se ponga al frente de nosotros, decian; la peste se deja sentir con más fuerza cada dia.

Los españoles han traído este terrible azote sobre la ciudad.

Salgamos todos á exterminarlos, y vengemos la muerte de tantas víctimas como han perecido por causa de ellos.

El emperador les tranquilizó, ofreciéndoles acceder á sus deseos, y cuando se disponia á salir al encuentro de los extranjeros, llegaron algunos espías que habia enviado á las tribus inmediatas para saber el espíritu que dominaba en ellas.

—Los españoles ganan terreno, le dijeron; todos los indios enemigos de México se han coaligado con ellos, y con poderosas fuerzas se disponen á volver á la ciudad.

CAPITULO XCVII.

Coronacion de Guatimotzin.



Ex profeso hemos dejado para este capítulo la descripción de las ceremonias y fiestas que tuvieron lugar cuando la coronacion de Guatimotzin.

El dia señalado acudieron á la capital los caciques de todos los pueblos tributarios de México acompañados de un séquito verdaderamente régio.

El movimiento extraordinario que se notaba en todas partes era indicio de la alegría que producía en todos su elevacion al trono.

Las espaciosas calzadas estaban cubiertas de multitud de curiosos, cuyo número aumentaba de minuto en minuto.

Los canales se veian surcados todas las horas del dia, y aun en las primeras de la noche, por innumerables piraguas cargadas de mercancías y víveres; así es que no escaseaba nada en la gran plaza de Tlatelulco, á pesar del aumento de consumo.

En todos los templos y palacios se hacian preparativos de fiesta, que el pueblo acudia á contemplar invadiendo los pórticos y llenando las plazas.

Amaneció despejado y brillante el dia señalado para la inauguracion del nuevo reinado.

Jamas el sol espléndido de la zona ecuatorial iluminó con más puros rayos las regiones mexicanas.

Diríase que el astro propicio se gozaba en asociarse por última vez, en toda la plenitud de su gloria, á la de los reyes aztecas, próxima á hundirse en un eclipse eterno.

A los primeros albores, la inmensa ciudad de México apareció engalanada, presentando un aspecto singularmente pintoresco.

Las fachadas de las casas ostentaban colgaduras de varios colores, que ondulaban graciosamente al soplo de las auras matinales, relumbrando á los rayos del naciente día las franjas de oro y de plata con que estaban recamadas las que adornaban los palacios de la alta nobleza.

Las azoteas, cubiertas de tiestos de flores bajo arcos simétricos de enredaderas floridas, parecían jardines aéreos, cuyos perfumes se elevaban como una ofrenda á la aurora, que teñía de azul y rosa las ligeras nubes que flotaban bajo la magnífica bóveda de aquel cielo privilegiado.

El empedrado de las calles desaparecía bajo una alfombra de verdes palmas, que el pueblo tendía con alegre clamoreo, y las jóvenes mezcualas (1), adornadas con su traje de fiesta (G), corrían á los templos, llevando colgados de ambos brazos cestillos de mimbre llenos de resinas olorosas y de flores exquisitas, que depositaban con religioso respeto en los umbrales de las sagradas puertas.

Todos los habitantes abandonaban las casas para acudir á las plazas, especialmente á la de Tlatelulco.

La concurrencia era tan inmensa, que apenas habría en aquella dilatada extensión un palmo de tierra para cada individuo.

Los almacenes y las droguerías que cobijaba el grandioso pórtico, rivalizaban aquel día en el lujo con que ostentaban sus efectos, expuestos en ricas anaqueleras de oloroso cedro y de ébano rojo, conocido vulgarmente por el nombre de granadillo.

Todos los teocalis, abiertos desde el amanecer, exhalaban de los descubiertos altares blancas nubes del precioso *tecopalli*, especie de incienso que se quemaba en honor de los dioses.

El sol reflejaba sus rayos en las láminas de oro é innumerable pedrería que adornaba á los colosales ídolos.

¹ Plebeyas.

En el gran templo de Huitzilopochtli debían inmolarse las víctimas humanas que un uso bárbaro prescribía, desde el principio de la monarquía mexicana, como requisito indispensable del ceremonial de la coronación.

Las víctimas eran, por lo general, prisioneros de guerra hechos por el monarca electo, que los presentaba á los sacerdotes como trofeos de su valor y testimonio de su veneración por los dioses.

Serían apenas las diez de la mañana cuando los grupos que cercaban el palacio de Guatimotzin vieron abrirse sus puertas para dar entrada á los ministros, magistrados y altos dignatarios del imperio.

Saludaron todos á Guatimotzin inclinándose respetuosamente, y el más anciano de la comitiva, alzando la voz con acento y ademán grave, dijo:

—Grande ha sido la pérdida del imperio mexicano al morir el prudente y animoso príncipe de Iztacpalapa, cuando con tan felices resultados comenzaba la gloriosa tarea de arrojar á los extranjeros de este suelo, que ensangrentaba con sus crímenes, y que todavía no han perdido tal vez la esperanza de volverlo á oprimir y á deshorrar con sus plantas.

No te desalientes, sin embargo, generoso jóven, á quien llaman los dioses al sòlio de los aztecas.

Ellos acaban de dar una clara muestra del amor que dispensan á nuestra patria iluminando nuestro entendimiento en una elección tan difícil, á fin de que unánimemente te ofrezcamos la imperial corona á cuyo peso no bastaría menor fortaleza que la de tu invencible corazón.

¡Regocijate tú también! ¡Oh tierra bendecida!

El señor que te damos no usará de su poder para oprimirte, ni se enervará entre la pompa de la grandeza, haciendo estériles tus entrañas fecundas.

¡Regocijaos todos, pueblos del Anahuac, porque teneis un so-

berano que será el padre del huértano y el apoyo de la viuda. Y tú, nieto dignísimo del gran Axayacat, vástago doblemente glorioso de dos dinastías supremas, confía en el omnipotente Tezcalepuzca, creador y alma del mundo, rey del cielo y juez de los hombres, que así como te ha elevado á tan eminente dignidad, te dará fuerzas para llenar los graves é importantes deberes que son anejos á ella.

Ven, pues, á recibir en presencia del gran Huitzilopochtli, cuya imágen eres, la corona que te otorga el cielo y dignate aceptar con ella la fidelidad constante que te juramos.

Guatimotzin respondió con voz notablemente conmovida estas breves y sentidas palabras:

— Concédanme los dioses, ¡oh digno y respetable auditorio! la dicha de merecer la gloriosa eleccion con que me honrais, y no dispensen á mi alma ventura alguna, si no me es dado hacer la del imperio de México.

Apénas terminó estas palabras salió de su palacio la comitiva.

Dos altos dignatarios llevaban en primorosas bandejas de oro las insignias del imperio.

Todos se dirigieron con gran solemnidad al templo de Huitzilopochtli, donde les esperaba un inmenso gentío.

La procesion recorrió las calles en medio de un grave silencio, y en el momento en que Guatimotzin puso el pié en la primera grada, se oyó esta aclamacion unánime, que repitieron los ecos del enorme edificio:

— ¡Gloria á Guatimotzin! ¡Gloria á México!

La ceremonia religiosa comenzó.

CAPITULO XCVIII.

Continuacion del anterior.



Los sacerdotes envueltos en anchos mantos negros, recibieron al príncipe y á los señores, que le acompañaban en la meseta cuadrilonga en que se alzaba el altar del sacrificio, sobre el cual ardian á los piés del ídolo colossal los más preciosos perfumes, envolviendo á los circunstantes en una blanca nube de aromático vapor.

Inclinóse respetuosamente el jóven príncipe ante el monstruoso ídolo.

La comitiva le imitó.

Al propio tiempo se abrieron dos puertecillas de aquella sangrienta capilla.

Apareció en la una el huei teopixque, ó gran sacerdote.

Vestia una ancha túnica escarlata, y cubria sus hombros un blanco manto, en que se veian pintados varios episodios de la mitología.

Por la otra puerta aparecieron los sacrificadores, seguidos de las infelices víctimas.

El teopilzin, ó jefe, vestia de encarnado, como el pontífice.

En la cabeza, á imitacion de éste, llevaba un gran penacho de plumas verdes y amarillas, distintivo de su alta dignidad.

Los otros sacrificadores tenian hábitos blancos, que hacian resaltar singularmente los extravagantes matices de sus rostros pintados con tintas de diversos colores, entre los cuales predominaba el negro.

En medio de aquellas caprichosas y repugnantes figuras se

veían á las desgraciadas víctimas, completamente desnudas, demacradas y pálidas.

En su semblante se reflejaba una profunda tristeza, porque sabían la suerte que les estaba reservada.

Cuando vieron vibrar en la nervuda mano del teopiltzin el agudo iztli que debía despedazar sus pechos, y la rojiza luz de veinte teas de maderas resinosas reverberó en la pieza destinada al sacrificio, aquellos infelices, horrorizados, no pudieron reprimir un movimiento espontáneo, y retrocedieron un paso.

Alarmados los verdugos, se abalanzaron presurosos como aves de rapiña encima de su presa, y arrastrándolos al ara, comenzaron con bárbara complacencia los preparativos del sacrificio.

Durante algunos minutos reinó un silencio profundo.

Oyóse en seguida el áspero sonido de la carne que rasgaba lentamente el filo del pedernal.

Vióse saltar la sangre sobre los mármoles de la capilla, manchando los blancos hábitos de los sacrificadores.

Ni un solo gemido indicó los atroces tormentos de las víctimas.

El pontífice, haciendo levantar á Guatimotzin, que durante el sacrificio había permanecido inclinado sobre las gradas del altar, le mostró los sangrientos despojos de las víctimas, cuyos cuerpos, privados del corazón y la cabeza, que eran las ofrendas gratas al ídolo á quien se tributa aquel homenaje, fueron en seguida arrojados desde lo alto de la meseta en que se consumaba el sacrificio, al pueblo que llenaba la plaza.

Cumpliendo las fórmulas de su ceremonia, Guatimotzin rogó á Huitzilopochtli aceptase grato el holocausto, y á la plegaria que pronunció con este motivo contestaron los sacerdotes con un himno semiguerrero y semireligioso.

Terminado este himno, cuyos ecos repitieron las bóvedas del templo, el pontífice se acercó á Guatimotzin y le ungió solemnemente con un aromático óleo.

Dos sacerdotes colocaron en sus sienes la corona, que ellos llaman *copilli*, y otros dos le revistieron con el manto imperial.

El jóven monarca, bello y majestuoso con aquellas insignias, quemó incienso á los piés del ídolo y demandó la bendición del pontífice, que se la otorgó conmovido, articulando con acento grave estas palabras solemnes:

¡Guatimotzin emperador, sé justo!

¡Guatimotzin emperador, sé fuerte!

¡Guatimotzin emperador, sé religioso!

Todos los circunstantes exclamaron á una voz despues:

¡Gloria à Huitzilopochtli!

¡Gloria al emperador!

¡Gloria á México!

La ceremonia había terminado (H).

Los sacerdotes se retiraron.

El emperador y su comitiva salieron de aquel templo para ir á visitar otros que cercaban al del númen predilecto.

Eran estos los de *Tezcalepuzca*, dios creador y juez de los hombres.

Tlaloe, divinidad de las aguas.

Tonatiuh, génio de la luz, que era el sol.

Mezli, diosa de la noche, que era la luna.

Yacatenctli, dios del comercio.

Bentcott, diosa de la agricultura.

En fin, todos los genios de la mitología recibieron el puro tecopalli que quemó en sus aras, el nuevo soberano, y los ecos de innumerables santuarios devolvieron las preces, dirigidas al cielo en su favor por los cinco mil sacerdotes que estaban consagrados al servicio de aquella inmensa reunion de templos.

Era ya de noche cuando Guatimotzin, terminada la procesion, fué instalado solemnemente en el palacio imperial.

Al día siguiente debían acudir todos los caciques tributarios de México á pronunciar en su presencia el juramento de obediencia y fidelidad.

Algunos minutos después de las solemnes ceremonias de que hemos dado cuenta á nuestros lectores, se convirtió la población en inmensa escena de regocijos públicos.

Nobles y plebeyos se confundían en alegres danzas, que se formaban en las plazas.

Las jóvenes, adornadas con guirnaldas, entonaban los arcitos del país, y una inmensa multitud se dirigía á los teatros, que como hemos dicho en otro lugar, había en la ciudad, y todos ellos se hallaban completamente llenos por la excesiva concurrencia que en aquella fausta noche les favorecía.

CAPITULO XCIX.

Camino de Tezcuco.



CON grandes refuerzos de los indios que se habían puesto de su parte, dejamos á los españoles avanzando hacia la imperial México.

Hernan Cortés no creyó conveniente dar el asalto sin tener un punto de apoyo, y recordando que en Tezcuco estaba Othalitza, y que su hijo ocupaba el trono por influencia suya, resolvió dirigirse allí.

Los indios de Guacachula, de Tlaxcala, de Güexocinco y demás poblaciones que le eran adictas, revelaban gran entusiasmo, porque el caudillo español había ofrecido destruir á México, para que no continuara siendo la ciudad absorbente de todas las demas, asegurándoles que en cuanto realizase este propósito se retiraría con todos los españoles.

Salió, pues, de Tlaxcala el día de los Inocentes.

En la imposibilidad de poder atender al mantenimiento de todo su ejército, que constaba de más de ochenta mil hombres, en tierra de enemigos, llevó solo veinte mil, quedando los demas en Tlaxcala hasta que se terminasen otros tantos bergantines que mandó construir.

Aquella noche durmió el ejército expedicionario en Tezmozulca, distante seis leguas de dicha ciudad, y el cacique y personas principales acogieron con benevolencia su llegada.

Al día siguiente, después de cuatro leguas de camino, pernoctó en una sierra.

Era tan intenso el frío que allí se sentía, que tuvieron que